

## **Unidad 3**

---

- Oficio de leer (III): apuntes de Ricardo Garibay.

---

## HISTORIA Y LITERATURA

**L**eyendo alternadamente a Liudmila Petru-shévskaja y a Karl Löwith acabo entendiendo que, para la razón y la memoria, historia y literatura son lo mismo. Por la historia van y vienen personajes, por la literatura van y vienen personas. La diferencia estaría, si acaso, en el tiempo que viven sus protagonistas.

Löwith es filósofo; Liudmila es escritora, o sea, que de oficio cuenta historias. Ambos son de buena especie. La gente ordinaria dice que Löwith, al escribir su autobiografía, dice la verdad; es decir, cuenta cosas ciertas, que sucedieron alguna vez, y las personas de que habla existieron en el mundo, muchos dieron y pueden dar todavía testimonio de eso. En cambio Liudmila inventa cuentos que nunca han sucedido, escribe ficciones, y como "la literatura es ficción de mundo", de la rusa hay que aplaudir la fantasía, el "paseo de mentiras" que con visos de realidad nos da en su libro. Eso es lo que piensa la gente del común, que se asoma de cuando en cuando a los libros.

El de Karl Löwith se llama *Mi vida en Alemania antes y después de 1933*; el de la Petrushévskaja, *Amor inmortal*. Aquél no necesita explicación, cuenta lo que vivió antes y después de ese año aciago —donde Hitler sube al poder— y traza el dibujo de gentes conocidas o famosas por sus propios méritos, como Husserl, Heidegger y Stefan George, por ejemplo. Aquélla dice lo que viven hombres y mujeres que se llaman Liena o Klavdia Románova o Pável o Gueorgui Sergueiévich —y así se llamarán para siempre— y que antes de la autora no habían dejado registro de su existencia. Y lo notable es esto: tanto existen para la literatura y la vida los personajes de Löwith como los de Petrushévskaja, y los de ésta están como seres vivos más cerca de nosotros que los de aquél, y en la medida en que nos identificamos con aquéllos y no con éstos más vive la literatura en nosotros que la historia.

No estoy haciendo excepción de los dos autores recién leídos. Si recordamos a los grandes historiadores y a los grandes escritores del pasado hallamos igual equivalencia. Pienso en Gibbon, en Thierry, en Gebhart, en Balzac, en Thackeray, en Cervantes. Tan alta es la veracidad y calidad de unos —historiadores— como de otros —escritores—; tan ciertos resultan unos como los otros; tan atractivas son las creaturas de los testigos como las de los creadores; pero las de éstos son más *reales*, más verdaderas, más cercanas a lo vivido por todos los hombres que

aquellas únicas fruto del estudio y de la devota reconstrucción de lo sucedido no importa cuándo. Entendamos: Julio César era, fue, sucedió, y lo mismo el Rey Sol y Hernán Cortés y la Reina Fredegunda, eran, fueron, sucedieron; y Sancho, Lady Macbeth, Père Goriot, Héctor y Ajax: son, están viviendo, existen aquí y ahora, están sucediendo, laten dentro de nosotros, en una simbiosis perfecta donde lo imaginario deviene estricta realidad y nos hace vivir de mejor manera desde que eso, lo imaginario, pasa a formar parte de nuestra vida cotidiana. En Liudmila siento el desgarramiento del instante, soy cada uno de sus personajes, cargo con ellos el tiempo que viven, sus frustraciones, sus esporádicas sonrisas, el invariable dolor de vivir hasta un segundo antes de la felicidad, que nunca llega. En Löwith siento la pena de lo que fue, que no viví, que no será de nuevo.

Un presente inobjetable e intemporal vive en el arte literario; un pasado inevitablemente melancólico vive en la historia. Nos incorporamos este pasado merced a una toma de conciencia específica, a un esfuerzo intelectual específico. Ir hacia la historia o traer a nosotros la historia nos impone despojarnos de lo que somos aquí y ahora —y no podemos ser en ninguna otra parte ni en ningún otro tiempo— para enriquecernos con lo que fue y ya no puede ser sino como dato de la inteligencia. Me despojo del que soy para ser inteligentemente, y sólo así, una mera consideración de lo que fue, de los que fueron. Y digo:

voy hacia la literatura, o traigo a mí la literatura, sin trabajo intelectual, sin esfuerzo de mi inteligencia, como un presente constante que se incorpora a mi presente, como algo y alguien que está viviendo lo que yo estoy viviendo, como porción de vida que se suma a mi vida, porción de vida la cual, por la lucidez del autor, por la naturaleza de la materia literaria, actúa como el revés de la trama de mi vida, como el sentido secreto de mi vida. Por eso se dice que el hombre que lee es dos veces él mismo, y el que no lee es como la caricatura de sí. El saber literario hace extenso y hondo mi presente, hace transparente el espeso e inexplicable existir.

Y por otro lado, si nos empeñamos en "literatura: ficción de mundo", tanto son ficticios los personajes de una novela como los de un repaso histórico. El pasado no es menos inasible que el futuro o que los datos de la imaginación. Si *la realidad* ha de ser esta grosera chatura que a diario tiento y huelo y no más, y nada más, tanto es fantasía el pasado como el futuro, como lo que urde mi gana de claridad o mi apetito de misterio o mi menester de eternidad o mi afanosa imaginación por arriba de las limitadas experiencias de mi cuerpo. Y entonces sí, quedarían borradas hasta las diferencias con que viven el tiempo los protagonistas de la historia y los de la literatura. Y en rigor las dos serían una sola cosa.

Sea en las descripciones, sea en el fluir de las conductas, sea en los diálogos, historia y lite-

ratura viven en la tradición oral o en las páginas de los libros, y, dada la distancia que toda narración requiere o impone, para la razón y la memoria son lo mismo.